ETC.

Adiós al unipartidismo en México

Esta semana Carlos Salinas de Gortari asumirá la presidencia de México y regirá sus destinos hasta 1994, dejando atrás una campaña electoral agitada y rodeada por múltiples acusaciones de fraude. Durante los últimos meses México ha experimentado mayores cambios políticos que durante las pasadas dos décadas: los sesenta años de ininterrumpida hegemonía del PRI sobre la vida política del país se han eclipsado abriendo por primera vez la posibilidad de que no sólo Adelita —la mítica soldadera de la revolución— se vaya con otro, sino que cientos de miles de mexicanos lo hagan. Ese nuevo fenómeno de la política mexicana es Cuauhtémoc Cárdenas, hijo del último presidente revolucionario, que en la última elección ganó el 31 por ciento del voto, capturó cinco estados y la ciudad de México, donde vive la cuarta parte de la población.



En el archivo Casasola se conserva la imagen de Adelita (1911), la soldadera que dio origen al famoso corrido.

Por Carlos Fuentes

Un viernes, Félix Salgado Macedonio, candidato a diputado del Frente Democrático Nacional (FDN) por el segundo distrito de Guerrero, subió a la tribuna del recinto legislativo de San Lázaro, constituido en el Colegio Electoral, con dos costales al hombro. Desde la tribuna vació el contenido de los costales: miles de boletas electorales cruzadas a su favor y quemadas total o parcialmente a fin de despojarlo de su victoria y dársela al candidato oficial del Partido Revolucionario Institucional (PRI), Filiberto Vigueras.

En el acto de vaciar sus sacos, Salgado Macedonio arrojó un puñado de polvo volcánico en el rostro de la política tradicionalmente practicada en México. Su Viernes de Cenizas tuvo éxito. El Colegio Electoral negó los resultados oficiales de la elección, le dio a Salgado su legítima curul, y consoló a su opositor priista Vigueras con un escaño de representación proporcional.

Durante los últimos meses, México ha experimentado mayores cambios políticos que durante las pasadas dos décadas. ¿Qué es lo que ha cambiado? La dramática victoria de Félix Salgado nos dice que los sesenta años de ininterrumpida hegemonía del PRI sobre la vida política han terminado. Los resultados de la elección del pasado julio dejaron al PRI con sólo una estrecha mayoría en el nuevo Congreso. Con 260 votos contra 240 de la oposición en la Cámara de Diputados, el gobierno y su partido ya no pueden contar con mayorías automáticas de dos tercios. Las iniciativas del Ejecutivo habrán de someterse a minucioso examen y prolongado debate. El compromiso y las alianzas tácticas serán el pan nuestro de cada día. Por primera vez, candidatos de la oposición han llegado al Senado. No pasará mucho tiempo sin que la Cámara alta, como ya lo ha hecho la baja, admita la representación proporcional. El Congreso mexicano ha dejado de ser un apéndice del Poder Ejecutivo.

¿Qué ha cambiado en México? El Congreso ha ganado poder, el presidente lo ha perdido. El presidente de México, jefe de Estado, gozaba de un rango comparable al de la reina de Inglaterra. Ahora el presidente de

Y SI ADELITA SE FUERA CON OTRO

Suplemento de Investigación y Reportajes de **Página/12**



México, jefe del gobierno, se parecerá cada vez más a Margaret Thatcher. Esto significa un enorme cambio en un país donde la institución presidencial ha llegado a tener características divinas. El presidente deriva su autoridad de victorias electorales priistas aplastantes, a menudo fraudulentas, pero rara vez impugnadas.

El Dueño de la Voz

Pero hay otra fuente de autoridad, menos tangible y más simbólica, y ésta es la tradición política mexicana, precolombina e ibérica. El emperador azteca ostentaba el título de Tlatoani, el Dueño de la Voz, el monarca español lo era por derecho divino. Los sujetos de Moctezuma y Felipe II eran, no sólo profanos, sino condenados al silencio.

Desde el 1 de septiembre, cuando el presidente saliente, Miguel de la Madrid, fue interrumpido e interpelado varias veces por la oposición mientras leía su informe anual, la presidencia mexicana ha sido desacralizada. Un viejo chiste cuenta que Porfirio Díaz, el longevo presidente y dictador, que después de treinta años en el poder fue derrocado por el movimiento revolucionario de 1910, le preguntó una vez a un político: "¿Qué horas son?". "Las que usted mande, señor presidente", fue la contestación que obtuvo. La misma actitud pudo contemplarse la semana pasada cuando dos gobernadores *joggearon* sin aliento detrás del auto descubierto del presidente De la Madrid, ostensiblemente, para protegerlo de una inexistente amenaza. Miguel de la Madrid ha hecho repetidos llamados a la tolerancia en un clima político tenso e inédito. No le hacen falta guardaespaldas gobernatoriales. Pero, de ahora en adelante, el presidente y los miembros de su gabinete serán cuestionados, respetuosa pero implacablemente, por el Congreso, y deberán responder. Los sucesos del 1 de septiembre son sólo la obertura de lo que acabará por ser práctica normal en México, como lo es en los Comunes, el Bundestag o las Cortes. Esto no quiere decir que México vaya hacia el parlamentismo pero sí hacía una presidencia de límites y equilibrios.

Pero lo que es política ordinaria en Europa occidental sigue siendo política extraordinaria en México. Un sistema de virtual partido único ha sido sustituido por un sistema pluripartidista, más cercano a los modelos de la Europa latina (España, Francia e Italia), con su amplia gama ideológica, que al sistema bipartidista norteamericano, con su muy estrecha alternativa. A la derecha del PRI se ubica el Partido de Acción Nacional (PAN), la bien enraizada formación de las clases medias conservadoras. A su izquierda, el FDN con su alianza electoral que va de las tendencias marxistas a las socialdemócratas. El intelectual más lúcido del PRI, Enrique González Pedrero, ex gobernador de Tabasco, ha escrito hace poco que el PRI se ha convertido realmente en un partido. Es decir, una parte en vez de un todo, un participante en política más que una síntesis de la política nacional.

La familia revolucionaria

¿Por qué cambiaron las cosas en México? La razón es doble. Un sistema de probado éxito, en términos latinoamericanos, ofreció durante sesenta años estabilidad política y crecimiento económico a cambio de poderes prácticamente ilimitados. A partir, por lo menos, de la presidencia de Lázaro Cárdenas (1934-1940), México ha gozado de un alto grado de libertades públicas, sin golpes militares ni dictaduras personalistas inamovibles. Más bien, hemos sido gobernados por un sistema flexible y renovable bajo el techo común de la llamada "familia revolucionaria", los herederos de la revolución mexicana de Madero, Carranza, Zapata, Villa, Obregón, Calles y Cárdenas. Añádase, a este hecho, cuando menos cuarenta años de crecimiento sostenido al ritmo anual promedio de 6 por ciento.

Cuando la crisis económica puso término, en 1982, a la expansión, el contrato se rompió y otra razón favorable al cambio, aún más profunda, emergió. Fuerzas sociales modernas habían aparecido, a todos los niveles de la vida mexicana: clases medias, burocracias, tecnocracias, grupos empresariales, asociaciones rurales, sindicatos, grupos estudiantiles, intelectuales, mujeres y, acaso, grupos jóvenes y renovadores en el ejército y el clero. (De esto último se sabe poco en México.)

Esta nueva sociedad no fue dictada desde arriba. Vino de abajo, como un resultado de la educación y del mejoramiento económico y social. Y no irradió desde el centro omnipoderoso, la ciudad de México, y de su cabeza, el señor presidente. Se desplazó, más bien, desde los niveles locales, estatales y municipales, desde los estados norteños de la tradición liberal mexicana, pero también desde los estados del Golfo, donde las influencias del radicalismo europeo han entrado, tradicionalmente, a México. Pero el país no sólo se movió desde los múltiples centros de una transformación favorable, sino desde los abismos de las zonas centrales y sureñas donde un desarrollo desequilibrado, altamente favorable a la alianza entre la burocracia y una clase empresarial sobreprotegida, es resentido por su fracaso en aunar el crecimiento económico con la justicia social. Todos estos factores convergieron durante los últimos seis años de aplastante deuda externa y descendientes niveles de vida popular.



El presidente electo Carlos Salinas de Gortari frente a una concentración del PRI.

El PRI ofreció la reforma desde adentro del partido cuando ya no le fue posible mantener sus altos niveles de patronazgo. Cuauhtémoc Cárdenas, ex gobernador priista de Michoacán e hijo del último presidente revolucionario, le tomó la palabra al partido. Se unieron a él Porfirio Muñoz Ledo, el elocuente, brillante y combativo ex presidente del PRI, antiguo secretario de Trabajo y Educación, y embajador en la ONU, así como Ifigenia Martínez, una de las más destacadas economistas de México. Cárdenas lanzó un movimiento para la renovación democrática dentro del PRI y acabó, junto con sus socios, expulsado. Fue un grave error desde el punto de vista del PRI. ¿Dónde había quedado la proclamada capacidad negociadora del partido?



México vivió un agitado clima poselectoral.

Una nueva voluntad política

Esta secuela de hechos unió a la izquierda, tradicionalmente dividida, bajo la bandera cardenista. A medida que la campaña izquierdista crecía, crecieron las expectativas de que el FDN capturaría una buena parte del voto. Los resultados oficiales así sean impugnados por la izquierda misma, no dejan de ser llamativos. Cárdenas ganó el 31,12 por ciento del voto, capturó cinco estados y le arrancó la ciudad de México, donde vive la cuarta parte de la población y se genera más de la mitad de la actividad económica del país, al ahora cojitranco PRI.

¿Qué ha cambiado en México? Quizás el voto por Cárdenas fue más anti-PRI que proizquierda. Pero sobresalen dos hechos. El primero es que en México existe una nueva voluntad política. Esta voluntad tiene un nombre: el cambio. Pero no el cambio por el cambio, sino el cambio para todos. El mandato para el cambio que emerge de la elección afecta a todos los mexicanos pero, sobre todo, compromete a los partidos políticos, viejos y nuevos, oficiales y oposicionistas. Todo el mundo comprende que el PRI no hizo concesiones por causa de generosidad, unilateralmente o por un súbito respeto a la ley. El PRI está demasiado teñido por una historia de fraude electoral, imposición y violencia contra la oposición.

Si el PRI se ha movido, es gracias a la oposición y al descontento que la alimentó. Sólo se seguirá moviendo si la oposición continúa compitiendo efectivamente contra el PRI. El partido oficial cambiará simplemente porque ahora el elector puede escoger entre dos opciones a la derecha y a la izquierda del PRI. El PRI tendrá que cambiar porque los electores, desde ahora, también pueden cambiar e irse con sus votos a otra parte. En estas circunstancias, lo peor que el PRI puede hacer es reincidir en sus prácticas fraudulentas. México camina un estrecho sendero entre la violencia nacida de la desesperación y el disgusto, y la violencia nacida de la represión y la arrogancia. Lo he escrito antes y lo repito ahora: en las actuales circunstancias, el PRI gana cuando pierde y pierde cuando gana.

El secretario general del PRI, Manuel Camacho Solís, ha dicho que "tenemos la oportunidad, única, de consolidar el más amplio avance democrático que haya conocido la vida del país". Tiene razón. Pero esta consolidación es inseparable de la eliminación del fraude y de la violencia (y el fraude es una forma de violencia). El cambio en México se debe, en gran medida, al respeto que el presidente De la Madrid ha demostrado hacia la libre manifestación de las ideas en la prensa y en la calle. (La televisión mexicana es otra historia, deplorable y autodestructiva.) Otros presidentes hubiesen apelado, desde hace tiempo, a la (deplorable y autodestructiva) represión. Pero la violencia no ha sido evitada, y el asesinato de un cercano colaborador de Cárdenas, así como el de los cuatro adolescentes que hacían campaña por el FDN, aún no se aclaran.

El partido de Cárdenas

Pero si el PRI debe cambiar, también deben hacerlo los partidos oposicionistas, en particular el FDN. El frente de izquierda no puede continuar cobrando eternamente las rentas de la insatisfacción con el gobierno y el PRI. Su desafío consiste en moverse rápidamente de la situación de frente electoral a constituirse efectivamente, como se anunció recientemente en el partido nacional de la izquierda mexicana, capaz de desafiar efectivamente al PRI en las próximas elecciones estatales de este mismo año, las legislativas dentro de tres años y las presidenciales de 1994.

El PAN, con 110 diputados, tiene el más alto número de legisladores de un partido de oposición en la historia de México. Este es el resultado de la larga experiencia del partido conservador en organizarse, luchar electoralmente y representar con fidelidad a su electorado. El FDN debe hacer lo mismo. Podría ser víctima de su propia impaciencia, de sus latentes luchas internas, de la tentación de la violencia, o de la melancolía maximalista que viene de creer que la negociación de la parte equivale al abandono del todo.

Es difícil, sin embargo, agarrar pleito con el éxito electoral. El triunfo en las urnas posee su propia dinámica embriagadora. Pero la mañana siguiente, el FDN deberá consolidar sus victorias, organizar a su electorado, clarificar sus programas y trascender la coalición electoral: México requiere un partido de izquierda permanente.

Hablando con el candidato del FDN, Cuauhtémoc Cárdenas, lo encontré tranquilo y seguro, fuerte en su decisión de combatir sin tregua en contra del fraude y a favor de la transparencia del voto, pero igualmente comprometido con su decisión de ir más allá del actual debate electoral para integrar un movimiento político permanente. Se le ha acusado, superficialmente, de ser un prisionero de la nostalgia. Hablando con él, Cárdenas impone más bien las ideas de un pensamiento político auténticamente progresista y orientado hacia el futuro. Cárdenas está tan preocupado como Fidel Castro y Henry Kissinger lo están (y como debería estarlo George Bush) por los efectos destructivos de la deuda externa sobre el tejido político, económico y social de México. Se pronuncia, como los senadores Bill Bradley y Edward Kennedy, como lord Lever en Inglaterra y Felix Rohaytin en Wall Street, y como nosotros los miembros del Diálogo Interamericano presidido por el embajador norteamericano Sol Linowitz y el ex presidente costarricense Daniel Onduber, a favor de una renegociación que reconozca la imposibilidad de pagar la deuda en su estructura actual, proponga una distribución más equitativa de responsabilidades y, sobre todo, exija la voluntad política necesaria para llegar a un consenso entre todas las partes: gobiernos deudores, gobiernos acreedores y los bancos mismos.

Cárdenas considera que la reanudación del crecimiento es el *sine qua non* para un México democrático y estable. En esto, no difiere del candidato del PRI, el ex secretario de Planeación y Presupuesto, Carlos Salinas de Gortari. Salinas, en conversaciones con este escritor, subrayó su mensaje de modernización política y económica. Dijo que contaba con el apoyo de las fuerzas productivas modernas del país para gobernar efectivamente. Entre éstas, destacó una clase empresarial nueva, creciente y joven, capaz de competir internacionalmente (este año, Mé-



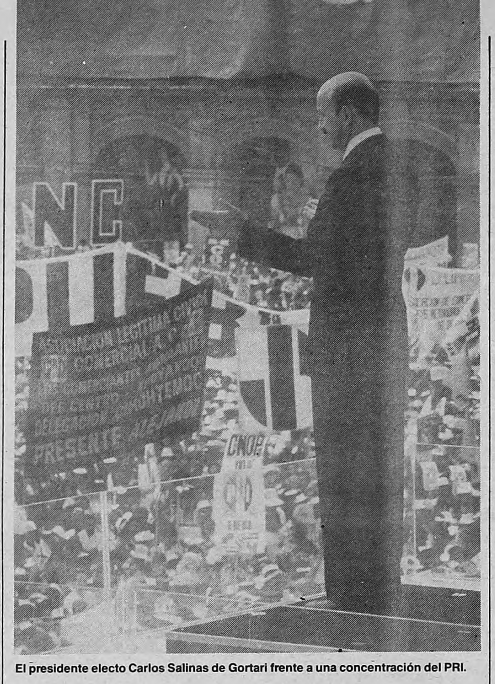
México, jefe del gobierno, se parecerá cada vez más a Margaret Thatcher. Esto significa un enorme cambio en un país donde la institución presidencial ha llegado a tener características divinas. El presidente deriva su autoridad de victorias electorales priístas aplastantes, a menudo fraudulentas, pero rara vez impugnadas.

El Dueño de la Voz

Pero hay otra fuente de autoridad, menos tangible y más simbólica, y ésta es la tradición política mexicana, precolombina e ibérica. El emperador azteca ostentaba el título de Tlatoani, el Dueño de la Voz, el monarca español lo era por derecho divino. Los sujetos de Moctezuma y Felipe II eran, no sólo profanos, sino condenados al silencio.

Desde el 1 de septiembre, cuando el presidente saliente, Miguel de la Madrid, fue interrumpido e interpelado varias veces por la oposición mientras leía su informe anual, la presidencia mexicana ha sido desacralizada. Un viejo chiste cuenta que Porfirio Díaz, el longevo presidente y dictador, que después de treinta años en el poder fue derrocado por el movimiento revolucionario de 1910, le preguntó una vez a un político: "¿Qué horas son?". "Las que usted mande, señor presidente", fue la contestación que obtuvo. La misma actitud pudo contemplarse la semana pasada cuando dos gobernadores *joggearon* sin aliento detrás del auto descubierto del presidente De la Madrid, ostensiblemente, para protegerlo de una inexistente amenaza. Miguel de la Madrid ha hecho repetidos llamados a la tolerancia en un clima político tenso e inédito. No le hacen falta guardaespaldas gobernatoriales. Pero, de ahora en adelante, el presidente y los miembros de su gabinete serán cuestionados, respetuosa pero implacablemente, por el Congreso, y deberán responder. Los sucesos del 1 de septiembre son sólo la obertura de lo que acabará por ser práctica normal en México, como lo es en los Comunes, el Bundestag o las Cortes. Esto no quiere decir que México vaya hacia el parlamentismo pero sí hacia una presidencia de límites y equilibrios.

Pero lo que es política ordinaria en Europa occidental sigue siendo política extraordinaria en México. Un sistema de virtual partido único ha sido sustituido por un sistema pluripartidista, más cercano a los modelos de la Europa latina (España, Francia e Italia), con su amplia gama ideológica, que al sistema bipartidista norteamericano, con su muy estrecha alternativa. A la derecha del PRI se ubica el Partido de Acción Nacional (PAN), la bien enraizada formación de las clases medias conservadoras. A su izquierda, el FDN con su alianza electoral que va de las tendencias marxistas a las socialdemócratas. El intelectual más lúcido del PRI, Enrique González Pedrero, ex gobernador de Tabasco, ha escrito hace poco que el PRI se ha convertido realmente en un partido. Es decir, una parte en vez de un todo, un participante en política más que una síntesis de la política nacional.



El presidente electo Carlos Salinas de Gortari frente a una concentración del PRI.

La familia revolucionaria

¿Por qué cambiaron las cosas en México? La razón es doble. Un sistema de probado éxito, en términos latinoamericanos, ofreció durante sesenta años estabilidad política y crecimiento económico a cambio de poderes prácticamente ilimitados. A partir, por lo menos, de la presidencia de Lázaro Cárdenas (1934-1940), México ha gozado de un alto grado de libertades públicas, sin golpes militares ni dictaduras personalistas inamovibles. Más bien, hemos sido gobernados por un sistema flexible y renovable bajo el techo común de la llamada "familia revolucionaria", los herederos de la revolución mexicana de Madero, Carranza, Zapata, Villa, Obregón, Calles y Cárdenas. Añádase, a este hecho, cuando menos cuarenta años de crecimiento sostenido al ritmo anual promedio de 6 por ciento.

Cuando la crisis económica puso término, en 1982, a la expansión, el contrato se rompió y otra razón favorable al cambio, aún más profunda, emergió. Fuerzas sociales modernas habían aparecido, a todos los niveles de la vida mexicana: clases medias, burocracias, tecnocracias, grupos empresariales, asociaciones rurales, sindicatos, grupos estudiantiles, intelectuales, mujeres y, acaso, grupos jóvenes y renovadores en el ejército y el clero. (De esto último se sabe poco en México.)

Esta nueva sociedad no fue dictada desde arriba. Vino de abajo, como un resultado de la educación y del mejoramiento económico y social. Y no irradió desde el centro omnipoderoso, la ciudad de México, y de su cabeza, el señor presidente. Se desplazó, más bien, desde los niveles locales, estatales y municipales, desde los estados norteños de la tradición liberal mexicana, pero también desde los estados del Golfo, donde las influencias del radicalismo europeo han entrado, tradicionalmente, a México. Pero el país no sólo se movió desde los múltiples centros de una transformación favorable, sino desde los abismos de las zonas centrales y sureñas donde un desarrollo desequilibrado, altamente favorable a la alianza entre la burocracia y una clase empresarial sobreprotegida, es resentido por su fracaso en aunar el crecimiento económico con la justicia social. Todos estos factores convergieron durante los últimos seis años de aplastante deuda externa y descendientes niveles de vida popular.

El PRI ofreció la reforma desde adentro del partido cuando ya no le fue posible mantener sus altos niveles de patronazgo. Cuauhtémoc Cárdenas, ex gobernador priísta de Michoacán e hijo del último presidente revolucionario, le tomó la palabra al partido. Se unieron a él Porfirio Muñoz Ledo, el elocuente, brillante y combativo ex presidente del PRI, antiguo secretario de Trabajo y Educación, y embajador en la ONU, así como Ifigenia Martínez, una de las más destacadas economistas de México. Cárdenas lanzó un movimiento para la renovación democrática dentro del PRI y acabó, junto con sus socios, expulsado. Fue un grave error desde el punto de vista del PRI. ¿Dónde había quedado la proclamada capacidad negociadora del partido?



México vivió un agitado clima poselectoral.

Una nueva voluntad política

Esta secuela de hechos unió a la izquierda, tradicionalmente dividida, bajo la bandera cardenista. A medida que la campaña izquierdista crecía, crecieron las expectativas de que el FDN capturaría una buena parte del voto. Los resultados oficiales así sean impugnados por la izquierda misma, no dejan de ser llamativos. Cárdenas ganó el 31,12 por ciento del voto, capturó cinco estados y le arrancó la ciudad de México, donde vive la cuarta parte de la población y se genera más de la mitad de la actividad económica del país, al ahora cojitranco PRI.

¿Qué ha cambiado en México? Quizás el voto por Cárdenas fue más anti-PRI que proizquierda. Pero sobresalen dos hechos. El primero es que en México existe una nueva voluntad política. Esta voluntad tiene un nombre: el cambio. Pero no el cambio por el cambio, sino el cambio para todos. El mandato para el cambio que emerge de la elección afecta a todos los mexicanos pero, sobre todo, compromete a los partidos políticos, viejos y nuevos, oficiales y oposicionistas. Todo el mundo comprende que el PRI no hizo concesiones por causa de generosidad, unilateralmente o por un súbito respeto a la ley. El PRI está demasiado teñido por una historia de fraude electoral, imposición y violencia contra la oposición.

Si el PRI se ha movido, es gracias a la oposición y al descontento que la alimentó. Sólo se seguirá moviendo si la oposición continúa compitiendo efectivamente contra el PRI. El partido oficial cambiará simplemente porque ahora el elector puede escoger entre dos opciones a la derecha y a la izquierda del PRI. El PRI tendrá que cambiar porque los electores, desde ahora, también pueden cambiar e irse con sus votos a otra parte. En estas circunstancias, lo peor que el PRI puede hacer es reincidir en sus prácticas fraudulentas. México camina un estrecho sendero entre la violencia nacida de la desesperación y el disgusto, y la violencia nacida de la represión y la arrogancia. Lo he escrito antes y lo repito ahora: en las actuales circunstancias, el PRI gana cuando pierde y pierde cuando gana.

El secretario general del PRI, Manuel Camacho Solís, ha dicho que "tenemos la oportunidad, única, de consolidar el más amplio avance democrático que haya conocido la vida del país". Tiene razón. Pero esta consolidación es inseparable de la eliminación del fraude y de la violencia (y el fraude es una forma de violencia). El cambio en México se debe, en gran medida, al respeto que el presidente De la Madrid ha demostrado hacia la libre manifestación de las ideas en la prensa y en la calle. (La televisión mexicana es otra historia, deplorable y autodestructiva.) Otros presidentes hubiesen apelado, desde hace tiempo, a la (deplorable y autodestructiva) represión. Pero la violencia no ha sido evitada, y el asesinato de un cercano colaborador de Cárdenas, así como el de los cuatro adolescentes que hacían campaña por el FDN, aún no se aclaran.

El partido de Cárdenas

Pero si el PRI debe cambiar, también deben hacerlo los partidos oposicionistas, en particular el FDN. El frente de izquierda no puede continuar cobrando eternamente las rentas de la insatisfacción con el gobierno y el PRI. Su desafío consiste en moverse rápidamente de la situación de frente electoral a constituirse efectivamente, como se anunció recientemente en el partido nacional de la izquierda mexicana, capaz de desafiar efectivamente al PRI en las próximas elecciones estatales de este mismo año, las legislativas dentro de tres años y las presidenciales de 1994.

El PAN, con 110 diputados, tiene el más alto número de legisladores de un partido de oposición en la historia de México. Este es el resultado de la larga experiencia del partido conservador en organizarse, luchar electoralmente y representar con fidelidad a su electorado. El FDN debe hacer lo mismo. Podría ser víctima de su propia impaciencia, de sus latentes luchas internas, de la tentación de la violencia, o de la melancolía maximalista que viene de creer que la negociación de la parte equivale al abandono del todo.

Es difícil, sin embargo, agarrar pleito con el éxito electoral. El triunfo en las urnas posee su propia dinámica embriagadora. Pero la mañana siguiente, el FDN deberá consolidar sus victorias, organizar a su electorado, clarificar sus programas y trascender la coalición electoral: México requiere un partido de izquierda permanente.

Hablando con el candidato del FDN, Cuauhtémoc Cárdenas, lo encontré tranquilo y seguro, fuerte en su decisión de combatir sin tregua en contra del fraude y a favor de la transparencia del voto, pero igualmente comprometido con su decisión de ir más allá del actual debate electoral para integrar un movimiento político permanente. Se le ha acusado, superficialmente, de ser un prisionero de la nostalgia. Hablando con él, Cárdenas impone más bien las ideas de un pensamiento político auténticamente progresista y orientado hacia el futuro. Cárdenas está tan preocupado como Fidel Castro y Henry Kissinger lo están (y como debería estarlo George Bush) por los efectos destructivos de la deuda externa sobre el tejido político, económico y social de México. Se pronuncia, como los senadores Bill Bradley y Edward Kennedy, como lord Lever en Inglaterra y Felix Rohaytin en Wall Street, y como nosotros los miembros del Diálogo Interamericano presidido por el embajador norteamericano Sol Linowitz y el ex presidente costarricense Daniel Onduber, a favor de una renegociación que reconozca la imposibilidad de pagar la deuda en su estructura actual, proponga una distribución más equitativa de responsabilidades y, sobre todo, exija la voluntad política necesaria para llegar a un consenso entre todas las partes: gobiernos deudores, gobiernos acreedores y los bancos mismos.

Cárdenas considera que la reanudación del crecimiento es el *sine qua non* para un México democrático y estable. En esto, no difiere del candidato del PRI, el ex secretario de Planeación y Presupuesto, Carlos Salinas de Gortari. Salinas, en conversaciones con este escritor, subrayó su mensaje de modernización política y económica. Dijo que contaba con el apoyo de las fuerzas productivas modernas del país para gobernar efectivamente. Entre éstas, destacó una clase empresarial nueva, creciente y joven, capaz de competir internacionalmente (este año, México generó exportaciones no petroleras por valor de mil millones de dólares) y a una dirección obrera, joven también, moderna y emergente y decisiva para un país donde la mitad de la población tiene quince años o menos y exige empleo a un ritmo de un millón de puestos nuevos cada año.

Salinas también piensa que el Estado mexicano debe tener fuerza suficiente para llevar adelante las reformas necesarias, pero que a veces la privatización de empresas, subsidiarias y subisidiadas, mejor administradas por el sector privado, puede proporcionar al gobierno recursos reales para una política social efectiva y amplia, así como para la campaña contra la pobreza a la que Salinas le da una altísima prioridad.

Los dinosaurios aztecas

Carlos Salinas —a quien observé, también, tranquilo, confiado y extraordinariamente firme en sus expresiones de respeto a los derechos de la oposición— fue declarado presidente electo por el Congreso el pasado sábado 10 de septiembre. Sus buenas intenciones serán rápidamente puestas a prueba. Será desafiado por los llamados Dinosaurios del PRI, para los cuales si el partido hace concesiones democráticas está entregando, poco a poco, el poder. Su reformismo también puede ser enturbiado por el gris de los Chicos del Pizarrón que en los suyos escriben fórmulas aprendidas en Stanford o el London School of Economics: cuando la realidad niega lo que el pizarrón dice, pues el pizarrón, de todos modos, tiene razón.

Como presidente, Salinas gobernará a un país totalmente diferente de las concepciones tanto del Museo de Historia Natural del PRI como de los magos del pizarrón. Deberá enfrentarse a una burocracia inmóvil y a una clase adinerada experta en las artes del chantaje: relucir inversiones, sacar dinero al extranjero, etc. El presidente Salinas tendrá que asumir la responsabilidad política y social que deberá acompañar el crecimiento sostenido y estable que el candidato Salinas desea.

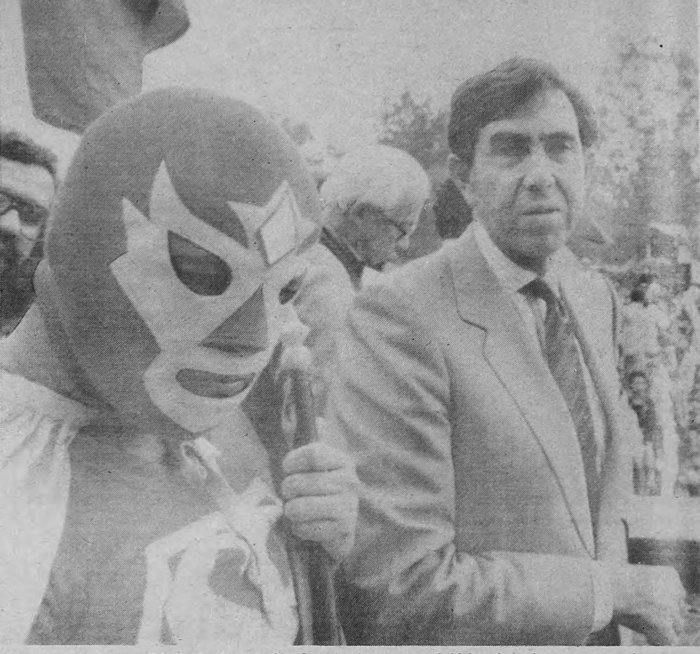
México no puede continuar en la situación famosamente descripta por Disraeli: "Somos dos naciones". Una, la nación que, llamándose moderna, continúa practicando la política de un capitalismo verdaderamente arcaico y nostálgico, concentrando la riqueza en una minoría, esperando que el milagro del goteo de arriba hacia abajo ocurra (nuestro venerable reaganomismo de nopal) y excluyendo cruelmente a la mayoría de la segunda nación al tiempo que condena su "retraso".

Si quiere cambiar este estado de cosas, Carlos Salinas tendrá que convertirse en el Mijail Gorbachov mexicano.

¿Qué deberá cambiar mediante la Mexistroika? La revolución democrática exige un sistema electoral moderno y ágil. Nada desacreditó esta vez los resultados oficiales tanto como la lentitud del proceso. La división de poderes debe funcionar con propiedad. Esto significa que el Poder Judicial, empantanado aún en el tráfico de influencias, la falta de independencias y los procedimientos a ritmo de caracol, debe ponerse al día con la renovación de los poderes Legislativo y Ejecutivo. La meta a largo plazo del electorado es el crecimiento económico con justicia social. Pero en el corto plazo, el inquieto electorado de la ciudad de México, que le dio dos de sus mayores triunfos a la oposición, enviando a Martínez y Muñoz Ledo al Senado, también va a exigir soluciones inmediatas para, por los menos, dos grandes problemas urbanos. En sus primeros cien días, el nuevo presidente deberá enfrentar decisivamente los problemas de la seguridad y la contaminación que atizonan a la capital mexicana.

La Mexistroika habrá de vencer muchos obstáculos. Los Estados Unidos no deben acrecentarlos interviniendo en la vida política de México. La mentalidad política norteamericana tiene conocimiento escaso de la política mexicana y escasa predisposición para atender procesos democráticos diferentes a los de los Estados Unidos. Si, como es mi esperanza, México evoluciona hacia una socialdemocracia comparable a las que hoy gobiernan en Francia y España, nuestro país seguirá un camino bien conocido por François Mitterrand y Felipe González, pero alarmante para los políticos norteamericanos, sobre todo si ese camino pasa una frontera común de más de dos mil kilómetros.

Pues la ruta hacia la socialdemocracia viene de la izquierda y desde abajo, no de la derecha y desde arriba. La opinión norteamericana debe estar alerta a ello. La relación venidera de los Estados Unidos con México deberá concentrarse, más bien, en la deuda, la renovación del crecimiento, la migración, las drogas y la reconstrucción de las relaciones interamericanas sobre bases de respeto mutuo y de consulta multilateral.



Cuauhtémoc Cárdenas recibió la adhesión del mítico Superbarrio, un personaje idolatrado por los sectores populares.

CUAUHTEMOC CARDENAS

Una aventura mexicana

Por Andrea Ferrari

Muchos al principio no podían creerlo. Las imágenes de fervorosas multitudes que lo ovacionaban en todo el país parecían sacadas de otra realidad. De golpe, el rutinario y desapasionado proceso preelectoral que nunca deparaba sorpresas en México se transformaba. Cuauhtémoc Cárdenas llegaba, además, coronado por la irresistible aura de su padre, Lázaro, el último presidente que despertó pasiones en el país. No era tanto el número de los manifestantes; de hecho el PRI podía lograr cifras mayores alimentadas por los "acarreados" (un término gráfico con que los mexicanos designan a los transportados a actos políticos a cambio de una bonificación o favor). Pero esta vez las muchedumbres destilaban entusiasmo, un entusiasmo perdido en los 60 años de hegemonía del PRI.

El Partido Revolucionario Institucional vio temblar los cimientos tan cuidadosamente construidos. Se enfrentaba a quienes prometían no tolerar el fraude —tantas veces denunciado— y "defender el triunfo con la movilización popular". Le arrebataban sus banderas: la justicia, la igualdad, los principios revolucionarios acorralados en el nombre del partido. El frente opositor se hacía depositario de esos vapuleados valores colocando al oficialismo en una oposición más cercana a los conservadores, durante mucho tiempo sus enemigos. La realidad le jugaba en contra: después de años de crecimiento económico, México vio estancarse o disminuir desde 1982 su Producto Bruto al tiempo que se achicaba el salario real y aumentaban la inflación y el desempleo. La deuda externa alcanzó el segundo puesto entre los países en desarrollo —detrás de Brasil— con 105 mil millones de dólares. A eso se sumaba un proyecto modernizador lanzado por el gobierno que acentuó las profundas desigualdades de la sociedad mexicana y un aparato estatal a menudo acusado de prácticas corruptas. Al PRI le llegaba la hora de pagar las facturas.

Cárdenas, escindido del oficialismo, sacó provecho de todo esto. Habló de la traición infringida a los principios de la Revolución Mexicana, por la cual murió un millón de personas. Lanzó su artillería contra un proyecto económico "neoliberal" que pocos frutos rindió al país. Reivindicó el sentido de la palabra "aventura", que sus adversarios utilizaban para azuzarlo. "Sin lanzarse a la aventura en los momentos decisivos nada grande se funda y se construye", dijo, para luego alinearse tras los próceres mexicanos. "Aventuras fueron las de Zapata y Villa al atreverse a asaltar y ocupar con sus soldados la sede del poder, esta ciudad de México (...) Aventura, y de las mayores, fue la expropiación petrolera de Lázaro Cárdenas, a la cual todos los entendidos y los poderosos del mundo auguraron rápido fracaso, mientras hoy estamos celebrando medio siglo de su éxito".

La campaña del Frente Democrático Nacional se basó más en el ataque al adversario que en una plataforma definida a la que adscribieran todos sus integrantes (además de la Corriente Democrática de Cárdenas, el Partido Socialista Mexicano (PSM), el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM), el Partido Popular Socialista (PPS) y el Partido del Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional (PFCRN), cuyos programas difieren en más de un punto). Pero para el 6 de julio la fórmula funcionó.

Del dicho al hecho

El FDN pasó airoso la prueba de las urnas. Aun los resultados admitidos por el oficialismo (que la oposición impugnó) mostraron el derrumbe del PRI, acostumbrado a las aplastantes mayorías. El movimiento —espectacularmente respaldado— para anular las cifras consideradas fraudulentas fue finalmente detenido por Cárdenas (como buen político, experto en supervivencia) antes de que las aguas se desbordasen. "Impedirle físicamente llegar al poder sería insensato", dice ahora Cuauhtémoc a la vez que califica a Salinas de Gortari de "presidente ilegítimo" y promete, para la ceremonia de transmisión del poder, un documento donde fijará su postura ante el nuevo gobierno. Salinas asumirá pese a todo, incluso pese a los actos de brujería que esta semana realizaron una veintena de indígenas guerrerenses en la explanada de la Cámara de Diputados para



xico generó exportaciones no petroleras por valor de mil millones de dólares) y a una dirección obrera, joven también, moderna y emergente y decisiva para un país donde la mitad de la población tiene quince años o menos y exige empleo a un ritmo de un millón de puestos nuevos cada año.

Salinas también piensa que el Estado mexicano debe tener fuerza suficiente para llevar adelante las reformas necesarias, pero que a veces la privatización de empresas, subsidiarias y subisidiadas, mejor administradas por el sector privado, puede proporcionar al gobierno recursos reales para una política social efectiva y amplia, así como para la campaña contra la pobreza a la que Salinas le da una altísima prioridad.

Los dinosaurios aztecas

Carlos Salinas —a quien observé, también, tranquilo, confiado y extraordinariamente firme en sus expresiones de respeto a los derechos de la oposición— fue declarado presidente electo por el Congreso el pasado sábado 10 de septiembre. Sus buenas intenciones serán rápidamente puestas a prueba. Será desafiado por los llamados Dinosaurios del PRI, para los cuales si el partido hace concesiones democráticas está entregando, poco a poco, el poder. Su reformismo también puede ser enturbiado por el gris de los Chicos del Pizarrón que en los suyos escriben fórmulas aprendidas en Stanford o el London School of Economics: cuando la realidad niega lo que el pizarrón dice, pues el pizarrón, de todos modos, tiene razón.

Como presidente, Salinas gobernará a un país totalmente diferente de las concepciones tanto del Museo de Historia Natural del PRI como de los magos del pizarrón. Deberá enfrentarse a una burocracia inmóvil y a una clase adinerada experta en las artes del chantaje: relucir inversiones, sacar dinero al extranjero, etc. El presidente Salinas tendrá que asumir la responsabilidad política y social que deberá acompañar el crecimiento sostenido y estable que el candidato Salinas desea.

México no puede continuar en la situación famosamente descripta por Disraeli: "Somos dos naciones". Una, la nación que, llamándose moderna, continúa practicando la política de un capitalismo verdaderamente arcaico y nostálgico, concentrando la riqueza en una minoría, esperando que el milagro del goteo de arriba hacia abajo ocurra (nuestro venerable reaganomismo de nopal) y excluyendo cruelmente a la mayoría de la segunda nación al tiempo que condena su "retraso".

Si quiere cambiar este estado de cosas, Carlos Salinas tendrá que convertirse en el Mijail Gorbachov mexicano.

¿Qué deberá cambiar mediante la Mexistroika? La revolución democrática exige un sistema electoral moderno y ágil. Nada desacreditó esta vez los resultados oficiales tanto como la lentitud del proceso. La división de poderes debe funcionar con propiedad. Esto significa que el Poder Judicial, empantanado aún en el tráfico de influencias, la falta de independencias y los procedimientos a ritmo de caracol, debe ponerse al día con la renovación de los poderes Legislativo y Ejecutivo. La meta a largo plazo del electorado es el crecimiento económico con justicia social. Pero en el corto plazo, el inquieto electorado de la ciudad de México, que le dio dos de sus mayores triunfos a la oposición, enviando a Martínez y Muñoz Ledo al Senado, también va a exigir soluciones inmediatas para, por los menos, dos grandes problemas urbanos. En sus primeros cien días, el nuevo presidente deberá enfrentar decisivamente los problemas de la seguridad y la contaminación que atizonan a la capital mexicana.

La Mexistroika habrá de vencer muchos obstáculos. Los Estados Unidos no deben acrecentarlos interviniendo en la vida política de México. La mentalidad política norteamericana tiene conocimiento escaso de la política mexicana y escasa predisposición para atender procesos democráticos diferentes a los de los Estados Unidos. Si, como es mi esperanza, México evoluciona hacia una socialdemocracia comparable a las que hoy gobiernan en Francia y España, nuestro país seguirá un camino bien conocido por François Mitterrand y Felipe González, pero alarmante para los políticos norteamericanos, sobre todo si ese camino pasa una frontera común de más de dos mil kilómetros.

Pues la ruta hacia la socialdemocracia viene de la izquierda y desde abajo, no de la derecha y desde arriba. La opinión norteamericana debe estar alerta a ello. La relación venidera de los Estados Unidos con México deberá concentrarse, más bien, en la deuda, la renovación del crecimiento, la migración, las drogas y la reconstrucción de las relaciones interamericanas sobre bases de respeto mutuo y de consulta multilateral.



Cuauhtémoc Cárdenas recibió la adhesión del mítico Superbarrio, un personaje idolatrado por los sectores populares.

CUAUHTEMOC CARDENAS

Una aventura mexicana

Por Andrea Ferrari

Muchos al principio no podían creerlo. Las imágenes de fervorosas multitudes que lo ovacionaban en todo el país parecían sacadas de otra realidad. De golpe, el rutinario y desapasionado proceso preelectoral que nunca deparaba sorpresas en México se transformaba. Cuauhtémoc Cárdenas llegaba, además, coronado por la irresistible aura de su padre, Lázaro, el último presidente que despertó pasiones en el país. No era tanto el número de los manifestantes; de hecho el PRI podía lograr cifras mayores alimentadas por los "acarreados" (un término gráfico con que los mexicanos designan a los transportados a actos políticos a cambio de una bonificación o favor). Pero esta vez las muchedumbres destilaban entusiasmo, un entusiasmo perdido en los 60 años de hegemonía del PRI.

El Partido Revolucionario Institucional vio temblar los cimientos tan cuidadosamente construidos. Se enfrentaba a quienes prometían no tolerar el fraude —tantas veces denunciado— y "defender el triunfo con la movilización popular". Le arrebataban sus banderas: la justicia, la igualdad, los principios revolucionarios acorralados en el nombre del partido. El frente opositor se hacía depositario de esos vapuleados valores colocando al oficialismo en una oposición más cercana a los conservadores, durante mucho tiempo sus enemigos. La realidad le jugaba en contra: después de años de crecimiento económico, México vio estancarse o disminuir desde 1982 su Producto Bruto al tiempo que se achicaba el salario real y aumentaban la inflación y el desempleo. La deuda externa alcanzó el segundo puesto entre los países en desarrollo —detrás de Brasil— con 105 mil millones de dólares. A eso se sumaba un proyecto modernizador lanzado por el gobierno que acentuó las profundas desigualdades de la sociedad mexicana y un aparato estatal a menudo acusado de prácticas corruptas. Al PRI le llegaba la hora de pagar las facturas.

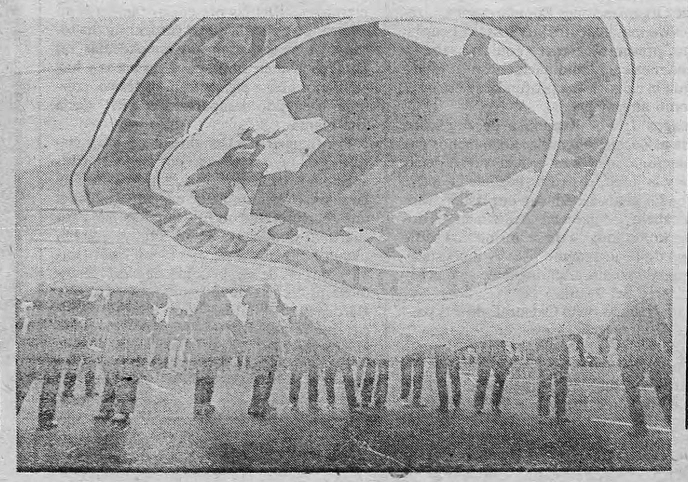
Cárdenas, escindido del oficialismo, sacó provecho de todo esto. Habló de la traición infringida a los principios de la Revolución Mexicana, por la cual murió un millón de personas. Lanzó su artillería contra un proyecto económico "neoliberal" que pocos frutos rindió al país. Reivindicó el sentido de la palabra "aventura", que sus adversarios utilizaban para azuzarlo. "Sin lanzarse a la aventura en los momentos decisivos nada grande se funda y se construye", dijo, para luego alinearse tras los próceres mexicanos. "Aventuras fueron las de Zapata y Villa al atreverse a asaltar y ocupar con sus soldados la sede del poder, esta ciudad de México (...) Aventura, y de las mayores, fue la expropiación petrolera de Lázaro Cárdenas, a la cual todos los entendidos y los poderosos del mundo auguraron rápido fracaso, mientras hoy estamos celebrando medio siglo de su éxito".

La campaña del Frente Democrático Nacional se basó más en el ataque al adversario que en una plataforma definida a la que adscribieran todos sus integrantes (además de la Corriente Democrática de Cárdenas, el Partido Socialista Mexicano (PSM), el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM), el Partido Popular Socialista (PPS) y el Partido del Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional (PFCRN), cuyos programas difieren en más de un punto). Pero para el 6 de julio la fórmula funcionó.



Del dicho al hecho

El FDN pasó airoso la prueba de las urnas. Aun los resultados admitidos por el oficialismo (que la oposición impugnó) mostraron el derrumbe del PRI, acostumbrado a las aplastantes mayorías. El movimiento —espectacularmente respaldado— para anular las cifras consideradas fraudulentas fue finalmente detenido por Cárdenas (como buen político, experto en supervivencia) antes de que las aguas se desbordasen. "Impedirle físicamente llegar al poder sería insensato", dice ahora Cuauhtémoc a la vez que califica a Salinas de Gortari de "presidente ilegítimo" y promete, para la ceremonia de transmisión del poder, un documento donde fijará su postura ante el nuevo gobierno. Salinas asumirá pese a todo, incluso pese a los actos de brujería que esta semana realizaron una veintena de indígenas guerrerenses en la explanada de la Cámara de Diputados para







Para la oposición la revolución de 1910 ha sido traicionada por el oficialismo.

Una aventura mexicana

echar un mal de ojo que impidiera la toma del poder. Pero el presidente electo sabe que ya nada será igual. El PRI ha dejado de ser el partido "prácticamente único" de México y las iniciativas del otrora omnipotente Poder Ejecutivo ya no serán leyes automáticamente. Salinas acusó recibo en los días, cuando convocó, primero al derechista Partido de Acción Nacional (PAN) y luego a los cardenistas, a entablar pronto un diálogo alentado "independientemente de las diferencias políticas".

Pero tal vez el desafío sea mayor para el centroizquierda. En octubre, Cárdenas intentó superar la alianza electoralista mediante la formación del Partido de la Revolución Democrática, una decisión casi obligada teniendo en cuenta las debilidades del FDN y la posibilidad de que se dispersara el respaldo popular obtenido. Además la inmensa mayoría de los millones de votantes del FDN no está afiliada a ninguna de las agrupaciones aglutinadas. Las reacciones entre sus aliados fueron de diversa índole: sólo el PMS aceptaba renunciar a sus siglas y registro, para otorgárselo al nuevo partido. Las otras agrupaciones —no casualmente las ex aliadas del PRI— se resistieron a resignar sus proyectos e intereses en pos de un movimiento mayor: mientras el PFCRN declaraba que "hagan un nuevo partido los que no están a gusto en el suyo", el PPS establecía que "se mantendrá como tal porque en México no hay ningún partido marxista-leninista que busque el cambio al socialismo y el que se propone crear tampoco lo hará." Incluso el PRT —que no integró el frente— sentó su postura en una peculiar declaración: "No escucharemos cantos de sirena para construir partidos sin definición de clase...¡Viva la revolución mundial!"

En el proceso de democratización que se inicie en México la oposición tendrá, por primera vez en mucho tiempo, un rol fundamental. El cardenismo y sus aliados deberán mostrarse capaces de superar vicios arraigados —especialmente en muchos de los que militaban en las filas del PRI— como la disputa por los puestos y la hegemonía. Tendrán que pasar la difícil prueba de acercar a la realidad las bellas palabras de los discursos pronunciados por Cárdenas, como aquél donde aseguró que "contra el régimen caduco del privilegio y la injusticia, del partido de Estado y el corporativismo, de la dependencia y la corrupción, levantaremos una nación de mujeres y hombres libres e iguales ante la ley y la vida". Con mucho menos, México entraría en una nueva era.

El día del discurso

Por Hermann Bellinghausen

Las multitudes cardenistas son un golpe en el ojo, imágenes de shock tan contundente como otras que pueblan los círculos concéntricos de la ciudad de México, en esa onda que se expande del Zócalo a las orillas como pedrada sobre el agua. Un remanente del gran lago: que las ondas se expandan con fuerza es ley lacustre.

Contra lo que muchos creen, lo más impresionante de las aglomeraciones cardenistas no es su tamaño —el PRI las sabe superar si se lo propone: a eso se le llama "escenografía"—; no, el impacto lo producen su vitalidad, su consistencia airada, sus ganas intrínsecas de seguir creciendo. Abusando una vez más del catecismo del padre Canetti, la cardenista es una masa abierta: "Allí donde se origina, en su mismo núcleo, no es tan espontánea como parece. Pero en el resto, si prescindimos de las cinco, diez o doce personas a partir de las cuales se originó, sí lo es". Quiere crecer "hasta el infinito". Más allá del impulso creciente, politizado, intencional que las moviliza, hay en ellas un dejo de éxtasis, un fervor que generalmente asociamos a la religión (por una usurpación típica de sincretismo católico, pero que en México siempre ha tenido también otros significados —lo que los antropólogos llamarían destellos del México profundo, un *deep heart* of darkness de paradójica luminosidad—).

Las fuerzas hegemónicas han dominado esa profundidad (el tlatoani, el conquistador y el misionero, el virrey, el dictador, el presidente y por extensión todos los partidos institucionales que han sido). Valga decir que hasta el México mágico tuvo, quizás tiene todavía, credenciales de la Confederación Nacional Campesina o la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (organizaciones de masas dentro del PRI). El cardenismo, presunto heredero como se sabe de alguna mexicanidad o nacionalismo, aspira a seguir el curso de esa profundidad. Se ofrece como alternativa.

Imagen 1: Por República de Argentina arriba al Zócalo una mujer poco menos que cincuentona, manos estragadas por el detergente y la jerga, rostro brilloso de crema C de Pond's, chanclas Zandak de plástico, várices y cabellera entrecana. Aprieta en sus dos puños un estandarte de seda sintética sobre el cual destaca, tamaño póster, una estampa guadalupana. La señora viene a escuchar el discurso del Tatita.

A un costado de la Catedral, de seis pantallas de video que transmiten por circuito cerrado en un autobús de Imevisión, cinco proyectan un Zócalo repleto y colorido; tomas que no saldran al aire nunca. En ese momento, lo que los cronistas llaman "ríos de gente" llegaban por todas partes. Las concentraciones cardenistas han tenido hasta ahora una notable suerte meteorológica: mañanas radiantes, tardes luminosas, noches nítidas. Ese mismo 14 de setiembre que una hermosa tarde otoñal regalaba al Zócalo del D.F. todo el azul y un horizonte de montañas, las costas del Caribe y el Golfo eran azotadas por Gilbert, el peor huracán en lo que va del siglo, con vientos de 200 kilómetros por hora y toneladas de agua sobre costas y ciudades.

El candidato del FDN a la presidencia de la República daría sus puntos de vista sobre la calificación de las pasadas elecciones y, se esperaba, propondría la creación de un nuevo partido o algo por ahí. Como ése era el único punto del programa, los organizadores debían llenar el tiempo con preámbulos, presentaciones, anuncios, proclamas y consignas propiciatorias. De cualquier manera, la multitud gritaba sus mueras al PRI.

—¿Quién es el presidente electo de los mexicanos?

—Cuauhtémoc —coreaba la garganta multitudinaria.

—¿Hasta dónde lo apoyaremos?

—Hasta... —y aquí la respuesta se quebraba en "siempre", "la victoria" y otras metas menos inteligibles.

—Está por arribar a esta plaza el presidente de todos los mexicanos libres —anunció la compacta compañera que ocupaba el micrófono. Antes llegó Porfirio Muñoz Ledo, traje verde oliva, sonrisa y mano en alto.

—Porfirio/valiente/callaste al presidente.

—Duro/duro/duro.

Se anunció a la madre de Cuauhtémoc y compañera del general Cárdenas, doña Amalia Solórzano; a la esposa del candidato, Celeste Batel. Ovaciones. En los actos del gobierno y el PRI las presencias famliares no existen; otra cuerda que el cardenismo ha tocado, y bien, es justamente ésa. Además, las familias acuden en grupo a sus actos y hay hermanos que se encuentran. "México, creeré en ti cuando desaparezca el PRI" decía una manta.

Por fin apareció Cuauhtémoc de traje claro y corbata, desgreñado por el viento y los apretones del acceso. Saluda, escucha una larga ovación, cambia de micrófono pues el que tiene enfrente no funciona, empuña sus cuartillas y comienza a leer. Shh, ya está hablando. Su voz gusta, y ya es tan identificable como la de un cantante de moda (aunque a diferencia de los cantantes de moda, Cárdenas tiene tablas, todo lo anticlimáticas que se quiera, pero eficaces). Describe el laberinto de paquetes y actas electorales, la cerrazón del gobierno, las dudosas bases de legitimidad del presidente electo.

—Está grueso, así es como lo queremos —le comenta un hombre de pants a su mujer desde un apretujamiento ceñidísimo en las proximidades del presídium.

Un discurso desacostumbrado, dicho para acoger la puntuación de largos silencios del orador y que los reunidos griten, digan, aplaudan, opinen. ¿Escuchará Cárdenas las cosas que le dicen sus seguidores allá abajo?

—No dudes, no dudes —pide un joven estridente.

Y Cárdenas no duda. Su discurso empuja hacia adelante, busca conservar la iniciativa que ha tenido en los últimos meses y claramente se dirige hacia la consolidación de su movimiento:

—Vamos a dar la lucha, pero por la vía pacífica y legal. Somos mayoría y vamos a hacer de esa mayoría una poderosa fuerza que por su disciplina y capacidad de acción aísle a la camarilla de la imposición, que tendrá que retirarse ante la evidencia de la decisión popular.

Pide la renuncia del presidente electo. Un gordo clama: "Muera la usurpación huertista", ilustrando el éxito que pueden llegar a tener algunas consignas desafortunadas.

Hay encabronamiento en el aire. De hecho, se trata de la zocalización menos festiva del cardenismo. Aun así predominan el fervor y la atención de la concurrencia. Cuauhtémoc sigue siendo un político escuchado, en parte gracias a su estilo didáctico, incluso elemental.

Imagen 2: Una larga pasarela corre a los dos costados del estrado principal; es el macarrónico presídium que demanda un frente o coalición tan plural como el FDN, donde cada organización quiere aparecer representada; ahí están Heberto, Rosario, Superbarrio, las dirigencias partidarias, los diputados y senadores electos y demás personal. En el centro, con 20 de Noviembre a sus espaldas, Cuauhtémoc Cárdenas termina su discurso, se quita los lentes de lectura, alza la mano izquierda y la agita, sonríe, mira en semicírculo. De pronto se pone serio; su expresión es como la de sus seguidores cuando él habla: dura, detenida en una fijeza de estampa. Segundos después vuelve a sonreír.

La reunión se dispersa lentamente. Muchos no muestran prisa por retirarse. Se abre como pregunta una atmósfera de épica inconclusa. En nuestro presente político, el valor más cotizado es la confianza, y Cuauhtémoc Cárdenas cuenta todavía con la de sus seguidores y votantes.

